

OBSERVACIONES DEL MÉDICO FRANCÉS ALFRED DEMERSAY EN 1860 CONCERNIENTES A LA PSICOLOGÍA DE LOS PARAGUAYOS

OBSERVATIONS OF THE FRENCH PHYSICIAN
ALFRED DEMERSAY IN 1860 CONCERNING
TO THE PSYCHOLOGY OF THE PARAGUAYANS

José E. García

Universidad Católica, Asunción, Paraguay

Correspondencia: joseemiliogarcia@hotmail.com



Recibido: 16-11-2025

Aceptado: 16-12-2025

Resumen

En el siglo XIX, un conjunto muy variado de exploradores, científicos y hombres de negocios llegaron al Paraguay con fines diversos, que iban desde la investigación del medio ambiente, el clima, la fauna y las características de la población hasta la posibilidad de emprender actividades comerciales para expandir oportunidades de negocios con las metrópolis europeas. Entre los que llegaron guiados por fines científicos y de exploración, se cuenta el médico francés Alfred Demersay, que arribó al país en 1845 y permaneció por menos de dos años. Demersay tuvo muchos contactos importantes, como su encuentro con el naturalista francés Aimé Bonpland y el político y militar uruguayo José Gervasio Artigas. Escribió una obra de historia sobre el Paraguay, donde comentaba aspectos atinentes a las características propias del país e incluía capítulos con abundantes observaciones sobre las singularidades antropológicas y psicológicas de los habitantes. Estos aportes son relevantes porque se suman a otros realizados por similares exploradores en tiempo previo o en la misma época. Este trabajo analiza críticamente las ideas y acotaciones de Demersay y propone que las mismas poseen gran valor para reconstruir una caracterización de los paraguayos en el periodo precientífico de la psicología. El artículo recurre tanto a fuentes primarias como secundarias que clarifican el tema explorado.

Palabras clave: Alfred Demersay, carácter nacional, identidad nacional, historia de la psicología, psicología en el Paraguay.

Abstract

In the 19th century, a diverse group of explorers, scientists, and businessmen arrived to Paraguay for various purposes, ranging from studying the environment, climate, fauna, and characteristics of the population to the possibility of undertaking commercial activities in order to expand business opportunities with European metropolises. Among those who came for scientific and exploratory aims was the French physician Alfred Demersay, who arrived to the country in 1845 and stayed for less than two years. Demersay had many important contacts, such as his encounter with the French naturalist Aimé Bonpland and the Uruguayan politician and military leader José Gervasio Artigas. He wrote a history book on Paraguay, commenting on aspects related to the country's unique characteristics and including chapters with abundant observations on the anthropological and psychological singularities of its citizens. These contributions are important because they complement those made by similar explorers before or during the same period. This paper critically analyzes Demersay's ideas and observations, proposing that they are of great value in reconstructing a characterization of Paraguayans in the pre-scientific period of psychology. The article draws on both primary and secondary sources to clarify the topic explored.

Keywords: Alfred Demersay, national character, national identity, history of psychology, psychology in Paraguay.

Introducción

Una aproximación a las contingencias en la evolución de la psicología en el Paraguay permite descubrir un conjunto de factores que confluyen para su estudio. Tales elementos se presentan no solo en relación a los temas y criterios que caracterizan su organización como área de investigación específica, sino también en la abundancia de fuentes que, en diversos momentos y de variados modos, han situado a la psicología en estrecha conexión con el análisis de las peculiaridades idiosincráticas de sus habitantes. Paraguay es un país cuya historia moderna, de modo semejante a cuanto ocurre con las demás naciones americanas, se originó con la llegada de los primeros exploradores hispánicos a estas costas. Dicho evento resultó fundacional para la constitución de la identidad nacional que tuvo lugar desde mediados del siglo XVI. A partir de allí, la observación atenta de las singularidades físicas, antropológicas y aun psicológicas representó una tendencia constante que se vio reflejada en la obra de numerosos autores que cruzaron el país por los más diversos motivos. No hubo que esperar a que los primeros textos y teorías de la psicología moderna traspasaran la barrera del Atlántico y llegaran a estas latitudes para imbricarse con efectividad en la cultura y la enseñanza a variados niveles, o se convirtieran en un foco de interés respecto a

explicaciones concebidas para dar cuenta de lo íntimo y esencial del comportamiento humano. Las observaciones emprendidas por autores que ingresaron a estos escenarios con diversa formación, propósitos e inspiración científica, tomaron en consideración aquellos rasgos que sugerían una forma diferenciada de conducta y pensamiento para los pobladores de esta región de América y los compararon, por lo común, con las costumbres y formas de vida de los europeos.

Razonando sobre un terreno desconocido y sembrado de incógnitas, antes, mucho antes de que existiera una psicología académica en sí, aquellos observadores pioneros recurrieron a las herramientas intelectuales que tenían a mano y que el avance científico de su tiempo les permitió disponer, como no podía ser de otra forma. Sus procedimientos de indagación, casi nunca equiparables a los actuales en lo que hace a sofisticación y exactitud, sirvieron para mirar a través de sus anteojeras conceptuales a lo que, para ellos, debieron constituir realidades culturales alternas. Hablamos de cuanto era típico e inalienable para un pueblo, una cultura o una colectividad humana. Eran tiempos en que la antropología iba construyendo su propio e inconfundible perfil como disciplina, de forma lenta y gradual. Los antecedentes para estas búsquedas inquisitivas pueden rastrearse al menos hasta el siglo XVIII, durante la Ilustración o, por lo menos, hasta la década de 1850 (Eriksen & Nielsen, 2013). Es bien sabido que, en los inicios de la antropología como ciencia, las figuras de Bronisław Malinowski (1884-1942) y Franz Boas (1858-1942) fueron canónicas (Stocking, 1992). Durante todo ese tiempo, la mirada inescrutable de los antropólogos recogió de a poco los datos e informaciones que sustentaron una visión de lo humano anclada en las vivencias locales, la organización social y las tradiciones. Este mismo proceso se dio también en el Paraguay, y tuvo representantes muy apreciables por sus aportes en torno a la mitad del siglo XIX.

A mediados de esa centuria, el Paraguay se hallaba transitando el intervalo temporal que lo conduciría desde la emancipación patria hasta una de las mayores hecatombes surgidas en su historia. El país alcanzó la liberación de la corona española en 1811 y en 1813 se produjo la declaración formal de independencia. A partir de ese momento, la nación ingresó a una nueva etapa, uno de cuyos ejes políticos fue el mantenimiento de la autonomía y el reconocimiento de la independencia por parte de los países vecinos, especialmente la Argentina, cuyas actitudes hacia la existencia como estado independiente no resultaron amigables en los inicios. La dictadura del Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840), un acérrimo defensor de la soberanía nacional que enclaustró al país por más de dos décadas para asegurar su mantenimiento, privando a los habitantes de todo contacto con el exterior, sostuvo la independencia recién lograda a cualquier precio. Durante su gobierno, el Paraguay se cerró al mundo y en las relaciones exteriores practicó lo que Williams (1979) llamó una *diplomacia del aislamiento*. La necesidad más apremiante para el Paraguay no era conquistar su independencia de España, como fue el caso de las demás colonias, sino asegurarla contra las pretensiones de la metrópoli argentina (Lastarria, 1867). Como era de esperarse, el encierro también generó una progresiva declinación de la economía (Pastore, 1994). A la muerte de Francia, sobresale la figura de Carlos Antonio López (1792-1862), un líder de tendencias moderadas que inició el lento proceso de apertura del país a las influencias externas. López falleció en 1860. En el período signado por ambos gobiernos, el de Francia y el de López, se sitúan los hechos que describiremos a continuación. Son temporalmente previos al otro escenario dantesco

que tuvo el Paraguay del siglo XIX, que coincidió con la infausta Guerra contra la Triple Alianza, que significó la destrucción completa de la infraestructura del país.

En lo que respecta a la psicología, los acontecimientos e incógnitas que concitó esta época en particular significaron el progresivo establecimiento de un tipo de indagación empírica y reflexiva que se instala en la etapa precientífica de la disciplina. Esa modalidad incumbe fundamentalmente a las puntualizaciones realizadas en función de las singularidades del comportamiento observado de los paraguayos. Tales construcciones encuentran sus antecedentes en un reducido grupo de autores, destacando al ingeniero español Félix de Azara (1742-1821), en los finales del siglo XVIII, como uno de sus puntales iniciales (García, 2017a). Ellos realizaron análisis muy importantes sobre los paraguayos entendidos como un resultado biológico y cultural de la unión de españoles y guaraníes y estudiaron las costumbres ancestrales de las etnias autóctonas que habitan el país. No existía aún una psicología en sentido contemporáneo y con las definiciones en uso de nuestros días. Pero el foco y el objeto de tales observaciones era esencial e indubitadamente psicológico: el comportamiento típico de los habitantes de esta tierra.

Algunas de estas construcciones fueron objeto de análisis historiográficos. En lo tocante a los paraguayos, se dispone de trabajos relacionados a la psicología de los naturales del país en el modo que la visualizaron autores locales del siglo XX como Manuel Domínguez (1868-1935) (García, 2012, 2015) o europeos del siglo XIX como el belga Alfred Du Graty (1823-1891) (García, 2025). La vertiente más abocada a un sondeo de la psicología de los indígenas fue abordada en referencia a las ideas del explorador suizo Moisés Bertoni (1857-1929) (García, 2014, 2016). Quedan autores por examinar en esta dirección reflexiva sobre el comportamiento distintivo de los paraguayos. Uno de ellos es Alfred Demersay (1815-1891), también viajero del siglo XIX por los territorios de la nación y de quien nos ocuparemos en este artículo. Por lo tanto, los objetivos son: a) Explorar aspectos básicos de la historia personal y la trayectoria de Alfred Demersay para ubicarlo correctamente en las coordenadas que identifican su tiempo; b) Estudiar los conceptos de Demersay que estuvieron concernidos a los paraguayos en sus características físicas y sobre todo psicológicas, así como su concepción de las etnias que pueblan el país; c) Hacer una estimación del lugar que ocupan Demersay y sus reflexiones en comparación a otros autores que fueron analizados en investigaciones anteriores, especialmente Du Graty. Los libros publicados por Demersay que se encuentran disponibles serán la base del análisis, complementados con literatura secundaria perteneciente a la época y del tiempo moderno. Comenzaremos con una breve reconstrucción de la trayectoria personal y científica de Demersay, puntualizando los aspectos que son conocidos públicamente.

El viaje al Paraguay

Alfred Demersay es una de las figuras afamadas que a mediados del siglo XIX cruzó los senderos de la ciencia y el aventurerismo explorador. Formado en la profesión médica, nació en Châtillon-Coligny, Francia, el 3 de noviembre de 1815. Los detalles de su vida, estudios y trayectoria profesional durante los primeros años resultan escasos y discontinuos. De su etapa adulta sabemos más, por ejemplo, que pasó temporadas importantes de su vida en América del Sur, sobre todo en el Brasil y el Paraguay. Su presencia en este último país dejó huellas imperecederas, como

pronto veremos. Demersay participó de una misión científica encargada por el gobierno francés y específicamente por el Departamento de Instrucción Pública en 1844. La expedición tenía como objetivo la inspección del territorio paraguayo, especialmente las misiones jesuíticas, denominadas *la Arcadia desaparecida* por Cunninghame Graham (1924). También debía investigar en el ámbito de la historia natural, física y geográfica (Ministère de l'Instruction Publique et des Beaux-Arts, 1890). Demersay recibió del Ministro de Instrucción Pública Abel François Villemain (1790-1870) el cometido de explorar regiones poco conocidas de América. Villemain fue un profesor universitario muy respetado por la academia francesa en tiempos de la Restauración. Abandonó la enseñanza para dedicarse a la política y finalmente halló refugio en las letras (Vauthier, 1913).

Las instrucciones transmitidas a Demersay fueron ingresar al territorio paraguayo a través de las provincias del sur del Brasil. Debía estudiar bajo sus diferentes aspectos a este ignoto país que era el Paraguay, avistado desde el exterior como misterioso y hermético, impermeable a las averiguaciones inquisidoras de los expedicionarios (Lafond, 1917). En lo esencial, esa impresión provenía del enclaustramiento previo al que la dictadura del Doctor Francia sometió al país. Para el gobierno francés, resultaba de interés, además, recopilar información concerniente a la situación económica y comercial del Paraguay. En cumplimiento de ese objetivo, Demersay partió desde la ciudad francesa de Brest en diciembre de ese año y llegó a Brasil a finales de enero de 1845 (Anónimo, 1860). La primera escala fue en Río de Janeiro, la antigua capital imperial (Matheus, 2013) para dirigirse después a Santos, y últimamente a São Paulo. De allí arribó posteriormente a Río Grande do Sul con ayuda de la escuadra imperial. El viaje hasta el Paraguay fue tortuoso y digno de un aventurero legendario, avanzando en parte por agua y en parte por tierra, cubriendo largas distancias a caballo y durmiendo al aire libre con sillas de montar como almohadas y la compañía inclemente y voraz de los mosquitos.

En su camino hacia territorio paraguayo, Demersay alteró su rumbo original para encaminarse a San Borja (o São Borja). La intención fue sostener un encuentro con el sabio francés y botánico universalmente aclamado Aimé Bonpland (1773-1858), que en el pasado reciente había integrado una de las expediciones más célebres de su tiempo en suelo americano, como asistente del geógrafo y naturalista alemán Alexander von Humboldt (1769-1859), hombre de ciencia que despertaba un gran respecto en esa época (Meinhardt, 2019; Nye, 2022). Juntos conformaron uno de los equipos de colaboración científica más famosos y eficientes (Holl, 2020). Este encuentro con Bonpland es quizás uno de los episodios mejor documentados de la etapa que a Demersay le tocó vivir en esta región. La historia del cautiverio resulta bien conocida en la historia de la ciencia. Habiendo llegado al territorio paraguayo en 1821 en prosecución de sus investigaciones botánicas, Bonpland fue apresado por orden del gobernante de la época, el Doctor Francia. Tuvo la osadía de establecer una colonia agrícola en suelo paraguayo sin pedir la autorización del Dictador, quien de inmediato supuso que constituiría la cabecera para una invasión. A la medianoche del 8 de diciembre de 1821 llegaron al lugar unos quinientos soldados paraguayos que mataron y apresaron a los obreros indefensos. Bonpland no opuso resistencia. Aun así, fue herido en la cabeza de un sablazo y llevado preso a Itapúa (Castellanos, 1963). Este accionar violento se comprende mejor considerando que el Supremo era un intransigente y celoso guardián de la independencia nacional, que por entonces era apetecida y desafiada por las naciones vecinas, especialmente la gobernación de Buenos Aires.

Francia, quien fue nombrado Dictador Perpetuo del Paraguay, sospechó de alguna confabulación maliciosa de Bonpland con autoridades de la vecina provincia argentina de Corrientes que, en su opinión, podrían llevar adelante acciones que colocaran en riesgo la viabilidad del Paraguay como nación soberana.

Bonpland permaneció en el país hasta el 2 de febrero de 1831, fecha en que recibió el pasaporte que necesitaba para dejar el país, optando por dirigirse al Brasil. Sin embargo, la orden para su liberación ya había sido expedida el 10 de mayo de 1829. Es así que transcurrieron un año y nueve meses entre la obtención de su libertad formal y la posibilidad efectiva de marcharse (Soiza Larrosa, 2023). No obstante, Bonpland siempre disfrutó de una relativa libertad para desplazarse por los territorios vecinos, pero sin abandonar el país. Durante su última etapa de residencia en el Paraguay, que le tomó algún tiempo adicional luego de obtenido el permiso de emigrar, se dedicó de lleno a sus menesteres particulares. Soler (2010) opina que todo cuanto se habló sobre las medidas adoptadas respecto a Bonpland y la gran repercusión que tuvo en la comunidad científica robustecieron grandemente la imagen del encarcelamiento del país y el despotismo del Doctor Francia. Al concluir su cautividad escogió vivir en San Borja, fundado por los jesuitas, y que hoy se encuentra en la geografía brasileña, que heredó la región luego de las anexiones de territorio que resultaron de las invasiones portuguesas en 1801. San Borja integraba lo que se conoció como los *Siete pueblos de las Misiones*, que eran reducciones que desde el siglo XVII se habían convertido, gracias a su desarrollo, en las perlas de la iniciativa misionera de los jesuitas (Camargo, 2003). En aquel lugar, Bonpland dejó muchos de sus manuscritos, antes de trasladar de nuevo su lugar de residencia a Santa Ana, que actualmente se sitúa en la Argentina (Bell, 2010). El sabio hizo de su cautiverio la oportunidad de llevar una vida apacible y ordenada. Alternando entre sus investigaciones botánicas y la asistencia médica a la comunidad circundante, formó un hermoso y vasto jardín con la plantación de más de 1600 naranjos, melocotoneros, limoneros, mandioca (yuca), papas (patatas), maíz, melones y cacahuets. Bonpland combinó su tiempo entre el cuidado de este jardín y la atención a los enfermos, a los que, igualmente, proporcionaba medicamentos. También construyó una destilería de ron, una herrería y una carpintería (Williams, 1979). Todo lo cual daba muestras de una gran laboriosidad y capacidad de aculturación (Benítez Martínez, 2010). Esta flexibilidad motivó la admiración personal que Demersay sintió hacia él (Hamy, 1906).

El famoso encuentro entre ambos hombres tuvo lugar, precisamente, en esta etapa posterior a la reclusión, pues habiendo fallecido el Doctor Francia en 1840, gobernaba el país el presidente Carlos Antonio López. Mientras aun disfrutaba de la hospitalidad del sabio francés, y como resultado de las gestiones que llevó adelante José Antonio Pimienta Bueno (1803-1878), por entonces encargado de negocios y cónsul general del Brasil, Demersay recibió la autorización para trasladarse hasta Asunción. Salgado (1973) brinda una idea de la familiaridad que tuvo Pimienta Bueno con López cuando informa que el cónsul, cuyas funciones diplomáticas se iniciaron en 1844, había recibido la invitación del gobernante para ser padrino de uno de sus hijos. El texto de Salgado, sin embargo, deja correr algunas dudas sobre su exactitud al confundir, en varias ocasiones, los nombres de Carlos Antonio López y Francisco Solano López, denominando al primero “Carlos Solano López”, en un llamativo desconocimiento de su real identidad histórica. Sin embargo, Doratioto (2002) afirma que las relaciones del funcionario brasileño y el presidente eran excelentes,

e incluso que Pimienta Bueno se había convertido en su consejero y que ambos discutían sobre los problemas internacionales que tenía el Paraguay.

Antes de ir hasta la capital, Demersay se dirigió a la actual ciudad de Encarnación, en el sur del país, y desde allí se movilizó hasta Asunción, habiendo obtenido del presidente una dotación de caballos y hombres que le acompañaron hasta su destino (Anónimo, 1860). En Asunción fue recibido por López y también conoció a su esposa e hijas, quienes le causaron una impresión muy positiva debido a su humildad y sencillez, no así el mandatario, a quien se describe como de carácter frío y altivo, pero educado y cortés (Anónimo, 1860). Sin embargo, el trato con él adquirió un tono diferente cuando su hijo menor, Ángel Benigno López (1834-1868), contrajo una enfermedad que los curanderos locales no conseguían mitigar. Demersay aplicó exitosamente sus conocimientos médicos y logró la cura del joven. A partir de allí, en clara señal de gratitud, recibió todo el apoyo y la autorización para moverse libremente por el país, lo cual le permitió explorar diversos lugares y proseguir con sus proyectos.

La vida de Benigno, sin embargo, terminó en forma trágica cuando años después, ya en la adultez y habiendo sido ministro en el gobierno de su padre y después de su hermano, fue ajusticiado por voluntad de este último. Sobre él cayó la grave acusación de formar parte de una conspiración para poner fin a la guerra, que ya se suponía irremediablemente perdida. La muerte se produjo usando como instrumento al temido y macabro *cepo uruguayana* (Von Dombrowski, 1935), un cruel y efectivo método de tortura que llegó a aplicarse a muchos prisioneros, incluidos los que, con razón o sin ella, se presumieron cómplices de la supuesta conspiración de Benigno (Vidaurreta de Tjarks, 1968). Quienes padecieron su aplicación en carne propia, lo describieron como una agonía espantosa (Masterman, 1870). También murió Venancio, otro de los hermanos. La furia implacable del Mariscal por poco alcanzó a su propia madre y hermanas, una de las cuales buscó en el suicidio, por fortuna no consumado, una salida desesperada a los insostenibles sufrimientos que padecía (Rebaudi, 1918).

Además de Villarrica y los alrededores de Asunción, Demersay recorrió las antiguas misiones jesuíticas, incluyendo las que se encuentran en el territorio del Brasil (Anónimo, 1860). Sobre ellas escribió después con extensión. Tras pasar otro período de algunos meses en Asunción, tuvo ocasión de conocer al prócer uruguayo José Gervasio Artigas (1764-1850) y dibujar el único retrato que se le conoce. Este episodio es importante porque, según informan Beretta, González & Cazet (2014), existe un consenso entre los especialistas de que no existe una efigie anterior a esta en particular. En la apreciación de Italiano (2017), el retrato presentaba a un Artigas vestido de civil, con aire aburguesado, pero prescindiendo del poncho y el uniforme militar, detalle que parecía congeniar con la imagen de país que los uruguayos anhelaban en ese momento. En cuanto a Demersay, realizó una nueva visita a Villarrica antes de emprender el regreso, de nuevo por tierra. No pudo surcar la vía fluvial bajando por el Río Paraná debido a que la navegación se hallaba bloqueada por las autoridades de Corrientes, que mantenían uno de sus conflictos recurrentes con el Paraguay (Cardozo, 1988). Este no era un problema inusual, pues Corrientes, Asunción y Buenos Aires convertían frecuentemente la libre navegación por los ríos y el uso de los puertos en un arma política que comprometía los intereses comerciales de esas comunidades, en cada ocasión particular que les afectaba (Whigham, 1991). Pimienta Bueno acompañó a Demersay

en su camino de regreso y se presentó la ocasión para una segunda y última visita a Bonpland, quien falleció en 1858. Demersay dio a conocer más tarde un ensayo biográfico sobre el botánico francés donde lo recordó, entre otras cosas, por su personalidad afectuosa (Demersay, 1853). Cerruti (2023) indica que el artículo de Demersay, junto al de otros autores que escribieron con posterioridad, constituyeron las primeras biografías de Bonpland escritas en vida de éste, aunque hayan aportado escasos datos sobre su estancia en el Paraguay.

Entre todas las peripecias del viaje, Demersay consiguió llegar hasta Montevideo y de allí se propuso abordar un paquebote británico que zarparía desde Río de Janeiro. Para llegar a tiempo a su encuentro, alquiló un pequeño barco que tuvo el inconveniente de toparse con un fuerte vendaval y naufragó. Demersay y la reducida tripulación que lo secundaba fueron rescatados a tiempo por otro barco pesquero que acudió en su ayuda y salvó sus vidas. Pero él perdió todas sus colecciones de historia natural, además de mapas y manuscritos valiosos que llevaba consigo. Regresó a Francia en 1847 después de dos años de estudios significativos en América. Dice Lafond (1917) que Demersay cosechó una gran simpatía a su paso, debido a la erudición inherente a sus trabajos, una actitud que se extendió después a toda su tierra natal. Años más tarde, en 1862, cuando ya se había marchado del Paraguay hacía tiempo, le fue encomendada una nueva misión para hurgar en los archivos de España y Portugal documentos concernientes a la dominación española y portuguesa en América, lo que le llevó a trabajar sucesivamente en las bibliotecas de Barcelona y Valencia, el Archivo de Indias en Sevilla, las numerosas colecciones que se encuentran en Portugal [Lisboa: Archivo de la Torre do Tombo, Biblioteca Nacional, Archivos de Ultramar, Biblioteca de la Academia de Ciencias; Évora, Biblioteca Pública] (Foulché-Delbosc, 1920) y finalmente, la biblioteca de la Academia de la Historia en Madrid (Demersay, 1865). Sabemos que en Francia fue miembro de la *Société de Géographie* desde 1844, integrante de su Comisión Central desde 1854 y miembro honorario desde 1876 (*Société de Géographie*, 1891). Falleció el 4 de febrero de 1891 en Châtillon-sur-Loing, como era conocido el sitio hasta mediados del siglo XIX, en el departamento francés de Loiret.

Etnología y antropología de los habitantes primigenios

Demersay fue prolífico en la escritura y produjo una cierta cantidad de libros y ensayos que albergan cuantiosos datos históricos sobre el Paraguay. Sus escritos tuvieron una amplia difusión en su época, en especial para lo atinente a la diseminación de informaciones sobre el país que sirvieron de base al esfuerzo de muchos autores posteriores que fundamentaron sobre ellos sus propios estudios geográficos o etnológicos. Publicó una *Historia física, económica y política del Paraguay y de los establecimientos jesuitas* (Demersay, 1860) escrita originalmente en lengua francesa, y a la que cabe considerar su obra más importante, así como un trabajo titulado *Del tabaco en Paraguay: Cultura, consumo y comercio* (Demersay, 1851), que fue citado en algunas fuentes, antiguas y modernas (Fermond, 1857; Wilbert, 1987) por la información relevante que contenía. También existen varios escritos menores. Junto a la obra del coronel Du Graty, los escritos de Demersay fueron valorados por sus contemporáneos como los que enseñaron a los lectores europeos que el Paraguay aún existía (La Dardye, 1889). La antropología de Demersay contribuyó en mucho a contrarrestar las visiones prejuiciosas que los europeos del siglo XIX mantenían respecto a los

habitantes autóctonos del Paraguay, a quienes aún se rotulaba como “salvajes”. Estos calificativos eran el reflejo de una concepción simplificadora y supremacista que predominaba en la época y se asentaba sobre un agudo racismo biológico y cultural, así como en la incerteza de lo desconocido, como bien se aprecia en algunos escritos de ese tiempo:

El señor Demersay viajó principalmente por Paraguay y por una república cuya existencia apenas se sospecha en Francia: la del Gran Chaco. Hay que reconocer, además, que este Gran Chaco merece poco la atención del mundo: uno se imagina llanuras inmensas, desnudas, monótonas, planas como un mar en calma, cortadas sólo aquí y allá por ríos de aguas estancadas y fangosas. En medio de estas pampas interminables vagan muchas tribus que a menudo se aborrecen entre sí, pero que tienen todas, como punto de contacto, un odio inveterado contra los blancos. Nunca se puede confiar en el carácter pacífico de estos salvajes: en el momento en que sus manifestaciones parecen más amistosas, aparecen en numerosos grupos y, aprovechando la oscuridad de una noche profunda, se abalanzan sobre los campamentos de los viajeros y se retiran después de una sangrienta carnicería. (Cortambert, 1864, pp. 292-293)

La descripción etnológica que ofreció Demersay comienza con la especificación de los tres grupos humanos que pueblan el país: a) la raza guaraní, que resalta por la presencia de rasgos físicos mongoles; ellos son indígenas y dueños del suelo al momento de arribar los colonizadores; b) se suma la raza conquistadora o blanca, que partió de España y c) la raza negra, procedente de África. Estos tipos humanos se encuentran separados por diferencias profundas que se reconocen en sus características fisiológicas, su origen, sus habilidades y aun en la expresión de sus instintos. Demersay (1860) observó que los guaraníes no constituyeron un grupo unido y homogéneo, sino que estuvieron divididos en parcialidades hostiles y a menudo enfrentadas. Basado en datos provistos por Demersay, Sagot (1900) afirmó que los guaraníes, a quienes describió como una extensa rama de la raza indígena, daban fe, por los diversos nombres que les otorgaban, de una completa falta de unidad política. En tal sentido, los españoles que desembarcaron en Asunción iniciaron una activa unión con el elemento indígena. Demersay recuerda en especial a Domingo Martínez de Irala (1509-1556), lugarteniente de Juan de Ayolas (c. 1500-1537), recordado por ser un ardoroso promotor del cruce racial. En la colonización de Buenos Aires, en cambio, no se produjo mezcla alguna y la “estirpe” de los conquistadores pudo conservar intacta su “pureza”. Demersay, no obstante, consideró que la unión que se produjo en el Paraguay fue una necesidad y además la puesta en práctica de un atinado criterio, ya que resultaba una conveniencia tanto política como fisiológica el aliarse con la raza a la que iban a subyugar (Demersay, 1860).

Este fue el punto de partida real para formar la población en el Paraguay, que mantuvo profundamente grabada la impronta de su origen materno. Asimismo, resultó la clave para el éxito de la colonización. El examen de las instituciones civiles y políticas se desvanece por completo ante la primacía de lo que Demersay denominó *la ley de la sangre*, una causa superior en todo a las leyes sociales y a la acción de los agentes externos y que determina el carácter primordial de las razas. Mientras que en América del Norte el linaje de los conquistadores predominó, en el Paraguay la raza autóctona terminó imprimiendo todas sus características en el pueblo, merced a su alianza con los europeos. Como resultado de esa fusión, los instintos y los gustos provenientes de las comunidades sometidas permanecieron inalterados, pero no en igual grado para todos los contextos. Se

manifestaron con mayor fuerza y energía en los pueblos del interior, mostrando una incidencia menor en la capital, donde la renovación de la sangre española era más constante, según el criterio de Demersay. También dieron origen a ciertas cualidades que denominó *pasivas*, como la resignación y la gentileza. Es la visión expresada por el autor, que asimismo un antropólogo posterior como Bertoni (1922) consideró una síntesis admirable por su claridad y exactitud:

Sólo señalaremos esta consecuencia de la asimilación completa de los dos pueblos, a saber, que los paraguayos tienen todas las apariencias ventajosas de la bella raza a la que pertenecieron sus padres, unida a los caracteres morales de los indios de los que descienden por el lado materno. (Demersay, 1860, p. 323)

Para las variantes humanas provenientes del continente africano, Demersay guardó la denominación de “raza importada” y estableció que esta solo representaba una mínima proporción en el total de la población paraguaya. Las causas que discute para explicar la reducida asimilación de este grupo fueron la posición mediterránea de la provincia, la falta de comunicaciones directas con la costa y la obligación impuesta a los habitantes de traer negros desde Buenos Aires. En su estudio sobre la esclavitud en el Paraguay, Boccia Romañach (2004) se hizo eco de estas mismas estimaciones. La implementación de la aludida normativa hacía que las mercancías humanas duplicaran su valor y no representasen una real ventaja económica para su comercio. El poseer esclavos quedaba así muy desincentivado. Acentuó la situación el hecho que el Doctor Francia prohibiera la importación de esclavos de color. Más tarde, con el gobierno de los cónsules Carlos Antonio López y Mariano Roque Alonso (1791-1853), los esclavos tuvieron la oportunidad de adquirir su propia libertad a cambio de una suma módica, algo que Demersay consideró muy positivo (Boccia Romañach, 2005).

En la valoración que hizo de los negros africanos al compararlos con los mulatos, Demersay recurrió a los datos de la *craneometría u organología* que se hizo célebre por el trabajo del médico alemán Franz Joseph Gall [1758-1828] (Gall, 1835). Esta práctica recibió el nombre de *frenología* por Johann Gaspar Spurzheim [1776-1832] (Leahey & Leahey, 1984; Spurzheim, 1834), su célebre colaborador, y obtuvo mucha influencia en la medicina del siglo XVIII (García, 2017b). Ha sido llamada *la ciencia mental más popular de la era victoriana* (Poskett, 2019). El trabajo de Gall cambió sustancialmente las ideas que se tenían sobre el órgano cerebral porque su concepción de la corteza estaba centrada en la idea de que el cerebro está provisto de áreas en las que se localizan facultades intelectuales o temperamentales específicas (Wickens, 2015). Siguiendo esta perspectiva, Demersay creyó que los nacidos en el África poseían *cualidades afectivas*, correspondientes a la jerarquización establecida por Gall (1835), en mayor medida que los mulatos. De igual modo, argumentó en favor del mantenimiento de la esclavitud, especialmente en algunos estados nacionales como el Brasil y deploró la *liberación irreflexiva*, una actitud que consideró ruinoso para las colonias y que supuso carente de beneficio real para los esclavos. Al momento de escribir su libro, admitió que la población negra, esclava o libre, había casi desaparecido en el Paraguay, por lo que su importancia para la composición étnica se difuminó considerablemente. También ofreció una minuciosa y precisa descripción de las características físicas, costumbres, apariencia personal, trabajo de alfarería y elementos para la guerra que poseían los *payaguás*, una de las etnias de más ferviente talante guerrero y menos dóciles a la colonización entre las que habitan el Paraguay. Demersay las denominó *gente indómita* y con una *expresión de orgullo desdeñoso*. El historiador paraguayo

Fulgencio R. Moreno (1872-1933), que también enfocó el tema en su libro sobre la ciudad de Asunción, coincide con Demersay en la calificación de magna *corpora*, en la usanza del romano Tácito, para referirse a la estatura y vigor físico de este pueblo (Moreno, 1926).

Argumentaba Demersay (1860) que los mestizos y los criollos, cuya existencia es consecuencia de las diversas combinaciones raciales que se dieron en los tiempos antiguos, especialmente con los pueblos indígenas, habían perdido casi todo rastro de la sangre guaraní. En su opinión, las características físicas de los negros tienen la posibilidad de persistir durante un mayor número de generaciones, mientras que las peculiaridades de los pueblos indígenas se asimilan con mayor rapidez y facilidad a los biotipos que muestran los conquistadores. Estos grupos descendientes de la cruce con los europeos constituyen la masa predominante. El crecimiento de la población es un hecho notable y Demersay atribuía el fenómeno a causas que, o bien son biológicas, o se hallan relacionadas con la situación política y social del país. La fertilidad femenina es uno de los elementos que se relaciona a los elementos fisiológicos, un hecho que se observa en todas las capas sociales. Se refleja en el número anual de nacimientos, lo cual, en opinión de Demersay, era una confirmación de las teorías del británico Thomas Malthus (1766-1834) sobre el aumento poblacional en una sociedad que no se mantiene estacionaria. Remarcaba que no resulta extraño encontrar familias con quince descendientes, e incluso más. Hay que apuntar que autores posteriores como Manuel Domínguez, a quien mencionamos con anterioridad, resaltaron de igual manera la fertilidad de las mujeres como una de las características inherentes a la nación paraguaya (Domínguez, 1903). Expresaba Demersay que las indígenas, a quienes estimaba como poco fértiles, incrementan su fecundidad cuando procrean con hombres de otra raza. Aquí también aparecía la idea, defendida décadas después por Domínguez (1903), que el consumo habitual de la mandioca o yuca constituía el elemento central en la tradicional fertilidad que se atribuye a las paraguayas. La calidez del clima y su gran salubridad serían alicientes para la fertilidad. Sobre esto agregaba el autor:

El celibato es raro, y no tiene razón de ser en un país donde abundan los alimentos, la ignorancia de las necesidades creadas por el lujo, y la ausencia de desigualdades sociales, facilitan el matrimonio. A esta ausencia de preocupación por el mañana, de inquietudes del comercio, del oficio o de la industria, es necesario añadir consideraciones de carácter puramente moral. Las familias son numerosas y las casas pequeñas e inadecuadas. En una familia pobre, donde todos duermen apretadamente, el calor del clima, la ocasión, determinan entre hermano y hermana, padre e hija, hijo y madre, una especie de promiscuidad y relaciones adúlteras, limitadas en las familias más ricas a amos y criados, relaciones provocadas por la continua mezcla de los sexos, la ociosidad y casi excusadas por una semidesnudez más provocativa que la desnudez completa. (Demersay, 1860, p. 383)

Los hombres son altos, delgados y bien formados, decía el autor, con un tamaño que por lo común resultaba superior al normal de los europeos. Consideraba que el “aire” de los mismos es suave y “afeminado” (Demersay, 1860, pp. 391) y carecía de toda la gravedad que a menudo se atribuye a los españoles. Por la generalidad y extensión que mostraban esas características, Demersay las consideró un atributo racial. Usualmente la piel es blanca y con cierta frecuencia presenta matices morenos. Además, mantiene una similitud física con los indígenas, al menos en determinados casos. El cabello es habitualmente negro, liso y en algunas ocasiones, rizado. Los ojos son negros y bien rasgados. Demersay, además, discute la probable conformación particular de los habitantes

de ciertas regiones, como el Guairá, descartando sin embargo que tales peculiaridades resulten significativas. De pies y manos pequeños, piel fina y blanca, las mujeres presentan una fisonomía muy agradable. En los hombres, la barba, que suele verse escasa en los habitantes de las demás partes de América, tiene aquí características diferenciadas, siendo más tupida, lo cual interpretó como un rasgo confirmatorio de la anterior vinculación racial con los españoles. También es aplicable al sistema piloso de otras partes del cuerpo. Las mujeres alcanzan la pubertad con mayor rapidez a causa del clima, y ya son núbiles a los nueve años, una característica también recalada, casi en idénticos términos, por Du Graty (1862), aunque este indicaba la edad a los once o doce años. Demersay afirmaba que el “porte” de las paraguayas era menos refinado comparativamente que el de las habitantes de Buenos Aires. De manera temprana, las mujeres pierden su gracia natural. Con el avance de la edad, los cuerpos y el andar se vuelven pesados. Los rasgos también se distorsionan, mostrando una tendencia hacia la obesidad, causada por la dieta y la ausencia de ejercitación. Casi idéntica observación realizó Du Graty (1862) en referencia al ejercicio y sus efectos, especialmente para quienes habitan las ciudades.

Aspectos psicológicos y morales

Los paraguayos no diferían radicalmente de los europeos. Demersay los denominó *producto heterogéneo* resultante por la mezcla de las tres razas mencionadas. La población es bastante compacta y uniforme en lo que concierne a la moral, los gustos, los hábitos y sentimientos religiosos. No entra en detalles sobre el objeto de las convicciones políticas, aunque no elude mencionar que se trata de un pueblo “indiferente a todo”. La actitud sumisa de los paraguayos ante las autoridades se ha mencionado con regularidad como una característica, no solo por escritores antiguos sino modernos también. Este modo escasamente confrontador, muy común en el comportamiento de los habitantes, fue señalado en ocasiones como la explicación más plausible para la preeminencia de dictaduras y gobiernos autoritarios a lo largo de la historia nacional. En la visión de Demersay, los paraguayos son resignados, gentiles, pacientes, flemáticos y benévolos en sus relaciones cotidianas. Pero iba más allá inclusive a su afirmación de que mantenían una actitud muy dócil y entregada a la autoridad. Consideraba que los paraguayos eran ciega y servilmente sumisos a todos los dictados que emanaban del gobierno supremo y aún “de sus agentes más insignificantes” (Demersay, 1860, pp. 394). Toda disposición era acatada en forma abnegada. Agregaba que esta rutina de la obediencia absoluta había sido moneda común durante tres siglos, lo cual confirió a esa costumbre una raigambre muy profunda. Los hábitos tan dóciles que Demersay señaló en los paraguayos los diferenciaban, creía él, de los habitantes del Río de la Plata, que no saben obedecer, y en quienes el ejercicio de la libertad se transforma fácilmente en libertinaje (Demersay, 1860).

La moral pacífica y la gentileza de los paraguayos son cualidades que Demersay destacó, atribuyéndolas a tres causas. Una es innata, según afirma, y sobre esta no brinda explicaciones. La segunda es denominada como “buena fortuna”. Con ello se refiere al hecho de que los habitantes del país no debieron enfrentar una transición brusca hacia la etapa revolucionaria a partir de un estadio más estático que primó durante la colonia, como sí tuvieron que hacer quienes habitan las naciones del Plata. Ellos no disfrutaron del tránsito relativamente tranquilo de los paraguayos y debieron ajustarse con rapidez a condiciones muy cambiantes. La tercera causa vislumbrada era

la dieta. En tal sentido, Demersay enaltece el sosiego y la dulzura de las costumbres campesinas y la vida rural, contrastando esta serenidad con el fragor inquieto de quienes pueblan las grandes ciudades. Mencionó a este respecto lo que implica la convivencia con grandes cantidades de individuos reunidos, aludiendo al estilo de vida cosmopolita y las emociones que trae asociadas. Comparó esta calma inherente al paraguay de días serenos con las costumbres de los argentinos, especialmente. De manera indirecta, relaciona a estos últimos con sus hábitos alimenticios, afirmando que el argentino “ solo deja el pecho materno para morder una rebanada de carne poco hecha y a menudo cruda”. Además, era del parecer que éste “ desdeña los frutos silvestres de la tierra “ (Demersay, 1860, pp. 395).

Más allá de que estas observaciones puedan tener algo de simplificadoras o estereotipadas, es significativo que Demersay no fuese el único que vio en la alimentación frugal y casi vegetariana una de las claves necesarias para la comprensión del comportamiento típico de los paraguayos. Domínguez (1903) insistió en lo mismo. Pero, además, Demersay ensaya una serie de asociaciones sorprendentes e intrigantes, refiriéndose a los argentinos. En ellas explica, a través de un ejemplo, que de niños quizás tuvieron algún cuchillo como juguete y pudieron observar en el campo la actividad del padre faenando el ganado, a lo cual se acostumbraron con el tiempo y llegaron a tener como un excitante a la sangre que brota de los degüellos. La asociación con las variantes del temperamento y la conducta pueden resultar quizás muy directas. Sus ideas no admiten ambages:

...dedicado a la vigilancia y pastoreo del ganado, teniendo como primer juguete un cuchillo y como recreación la visión y los gritos de un animal sacrificado por su padre, se acostumbra desde niño a estas escenas de carnicería: el olor a sangre lo embriaga, e intenta participar en ellas en la medida de sus fuerzas. Más tarde, si estalla la guerra civil, se une a la bandera de un gaucho como él, cuya habilidad para encabritar toros y domar potros lo ha transformado repentinamente en general del ejército. Luego, tras la victoria, por orden de su comandante, este soldado masaca a todos los prisioneros en masa, con expresiones cínicas y bromas atroces. Lo hace sin odio, como si fuera algo completamente natural: en el campo de batalla, todavía se cree en el matadero de un saladero. (Demersay, 1860, p. 396)

Lo que Demersay observó en el Paraguay difiere de las costumbres actuales, sobre todo en el rubro alimenticio. Según las observaciones del médico francés, la agricultura es el principal recurso para el sostén de los hombres y las mujeres, por lo que en este país es merecidamente honrada. A este respecto antepone nuevamente lo que llama “ el deprecio de los gauchos “ argentinos en referencia a la dieta de base agrícola (Demersay, 1860, pp. 397). La comida de los paraguayos es mayoritariamente vegetal antes que animal y más basada en los productos del suelo que en la ingesta de especies vivas. Sólo una pequeña minoría, que normalmente vive en las ciudades, se alimenta a base de carne, conforme a Demersay. Incluso un grupo aún más reducido no la prueba en absoluto. Esta diferencia podría deberse a una serie de razones, que sin embargo no discute. Si trasladásemos la observación al tiempo actual, los motivos podrían ser similares, pero cabría atribuirlos a limitaciones económicas, que constituyen un freno para la degustación de la carne en el consumo familiar. En el aspecto comportamental, Demersay creía que las ocupaciones agrícolas se asociaban bien a los hábitos sedentarios que son típicos de los paraguayos. El recurso prioritario a los frutos del campo debe mucho a las enseñanzas de los jesuitas. Por lo tanto, los contrastes que surgen entre los habitantes de Buenos Aires, de Corrientes y del Paraguay se tornan muy

evidentes para el viajero, en todo lo que concierne a su apariencia, carácter y espíritu. Debido a eso, el cuchillo no consiste en la *última ratio* de los naturales del Paraguay.

Una vez más, el aislamiento extremo en que se desarrolló el Paraguay a lo largo de su historia influyó notablemente en la conformación psicológica del paraguayo, de manera precisa durante el siglo XIX, tiempo en el que el Doctor Francia tuvo la mayor gravitación en términos prácticos (Baratta, 2018). Esta circunstancia la reconoce también Demersay. La administración del Estado, siempre atenta, vigilante e inflexible, transmitía a los habitantes un peculiar sentido de seguridad. En la perspectiva de Demersay, esto implicaba que los paraguayos no requerían, por ejemplo, buscar la justicia para sí mismos, pues confiaban en la protección paternalista que les brindaba el Estado. Por ese motivo, no obstaculizaban la acción de la justicia, sino que la apoyaban y colaboraban con ella. Esta actitud acababa transformándose en una acción colectiva que conducía a todos a buscar al responsable de alterar en cualquier modo imaginable la tranquilidad en la convivencia y lo que podría llamarse la paz social. Lo que restaba era una gran aversión al crimen, y de allí surgía el interés compartido en la captura del delincuente. Se exteriorizaba una reverencia a la voluntad del magistrado. Y aunque este aspecto no lo subraye Demersay, la sumisión podría implicar en la conciencia social el predominio de un temor latente, una manera de quedar atado a la voluntad del soberano en procura de su protección, guía y tolerancia.

Demersay observó que el permanecer aislados de los sobresaltos que el ambiente revolucionario encendió en las naciones vecinas del Plata, no solo puso a los habitantes a cubierto de lo que hubiera significado una interrupción brusca en el sosiego cotidiano que gobernaba sus vidas, sino que los protegió de sus consecuencias, nefastas muchas veces. Otros fueron conscientes de la misma eventualidad, como el viajero francés Ricardo Grandsire, que visitó el Paraguay en 1824 para obtener la liberación de Bonpland. Elogió la “paz perfecta” en que vivían los paraguayos y que contrastaba agudamente con el ambiente reinante en las naciones vecinas. Guerra Vilaboy (1981) también recoge este juicio de Grandsire, aunque señala el año 1814 como el de la visita, fecha en la que Bonpland sin embargo aún no había llegado al país. Lo que puede aseverarse es que la continuidad inalterable de las costumbres moldeó profundamente la vida de los paraguayos, alternando sus horas entre las actividades de la agricultura, el sedentarismo, la tranquilidad y una placidez imperturbable ante la influencia de cualquier acontecimiento, interno o externo. Estas características, más allá que significar la inconfundible dulzura en el trato, rasgo que más de una vez se admira, encarnaban para Demersay la vigencia de una indiferencia absoluta. Los paraguayos vivían cercados en los límites de su propio mundo, que alcanzaba hasta los confines de su tierra, de su propia República. No iba más allá. El aislamiento físico, podríamos agregar nosotros, se convertía así en una forma de clausura mental.

Pero tan importante como el acatamiento pleno a los dictados de la autoridad, se hallaba el desinterés mostrado por la población. El horizonte que marcaba la vida de los individuos era el afán supremo de servir a la patria, un escenario en que se advertía un celo extremo. Quienes estaban en alguna función o labor, muchas veces lo hacían con entera gratuidad. Solo en algunas ocasiones aquellos ciudadanos disponían de algunos magros recursos provenientes del presupuesto nacional. Una acendrada honestidad era proverbial en este ambiente, incluso en los círculos de las personas más necesitadas de la escala social, de acuerdo con Demersay. En agudo contraste con las

prácticas actuales, que se vislumbran sobre todo en el accionar a discreción de la clase política, que convirtió la administración de los recursos nacionales en un botín apetecido y repartido entre los funcionarios, Demersay atestiguaba que ni un caso de deshonestidad hacia la cosa pública habría podido ser citado.

Pero esta conjunción de cualidades se torna especialmente relevante si se considera la conducta esperable del soldado en la guerra. A este, Demersay lo describió como pleno de confianza en sí mismo y en sus dirigentes, inaccesible al entusiasmo, prevenido contra todo lo extranjero por un efecto de la educación que recibió y sumiso hasta el sacrificio. Quizás por ello, el combatiente paraguayo no resultaba apto para la guerra ofensiva. Sus cualidades lo hacían idóneo para la defensa del país. Toda Europa, decía Demersay, no puede igualarlo en poder y riqueza. Este vigoroso carácter, fruto de lo que denominó un *patriotismo ciego*, estaba llamado a convertirse en un arma eficaz y un elemento fundamental de la vida de relación, siempre y cuando actuara bajo los liderazgos apropiados. Hay que notar que estas valoraciones sobre el comportamiento del soldado fueron escritas solo unos años antes de los episodios de valor y sacrificio manifestados en los campos de batalla en la Guerra contra la Triple Alianza, rasgos que se volvieron célebres y, en su momento, fueron motivo de elogios tanto por defensores y adversarios del país, o motivo de envidia para los generales de las tropas enemigas (Whigham, 2017). De allí que Domínguez (1903) convirtiera estas preesas en uno de los ejes para su valoración sobre el carácter nacional del paraguayo (García, 2012).

La religión era otro aspecto muy relevante. Aquella Fe que introdujeron los colonizadores quedó marcada a fuego en la conciencia íntima y en las creencias de los paraguayos. Esta herencia religiosa impuesta por el clero, a menudo imbuida de un sentido de fanatismo, conforme a lo que aseveraba Demersay, no sufrió menoscabo por la irreligiosidad manifiesta del Doctor Francia, en cuyo discurso la Iglesia Católica resultó blanco de críticas y denuestos en reiteradas ocasiones. Además, durante este gobierno la institución eclesial fue completamente sometida a su voluntad (Cooney, 1979). Paralelamente, los diversos cambios políticos ocurridos en los países de la región en la misma época tuvieron efectos extremadamente perjudiciales para la Iglesia (Schwaller, 2011). En la parte final de la descripción, Demersay dedicó unas palabras a las mujeres diciendo que, aparte sus rasgos físicos y belleza, eran afables, alegres y apasionadas por la música y el baile. Resultaban más finas y de mayor tacto que sus congéneres masculinos. Esto podía considerarse como un don natural, creía el autor. Igualmente dice que los forasteros que llegaban a Asunción eran recibidos con mucha amabilidad y entusiasmo por las familias. Insinuaba, sin embargo, que las atenciones recibidas, que llama triviales, no resultaban gratuitas o desinteresadas. Siempre se encontraba latente la intención, manifiesta en las hijas jóvenes, sobre todo, de atraer a sus vidas a algún potencial candidato europeo, toda vez que recibiera el indispensable beneplácito de las autoridades, permitiéndoles hallar “ un marido que les ponga fin a su monótona existencia “ (Demersay, 1860, p. 402). ¿Se esconde una mal disimulada y prejuiciosa jactancia europea en esta afirmación? La incógnita permanece abierta. Pero tales costumbres eran, en el punto de vista del autor, una forma de benevolencia prodigada sin mucho discernimiento, pero que permitía aflorar en el trato algún dejo de coquetería y amor de uno mismo. Demersay (1860) añadía que el principal deber como historiadores imparciales era permitir, de todas maneras, estas confesiones

francas, sin que ello implicase olvidar las muestras de hospitalidad que se hubieren recibido en todas partes del país.

El trabajo investigador que Demersay realizó también fue reconocido por la atención dedicada al estudio sistemático de la lengua guaraní y otras expresiones lingüísticas autóctonas. En igual sentido, Meliá (1992) comenta los estudios filológicos de Demersay como una de las pocas publicaciones sobre esta lengua producidas en el siglo XIX. El guaraní, utilizado y asimilado en grados dispares en las diversas regiones del Brasil, aparece como lengua viva en Corrientes y en Paraguay. Los criollos de estos sitios hablan el idioma de los indígenas. En suelo paraguayo, la bisagra de los conquistadores ha desaparecido, quedando la herencia de los conquistados, emplazados en su lengua vernácula, simbolizando la mezcla de los dos pueblos, que no permite viajar dentro del país, decía Demersay (1860), sin la ayuda de un intérprete. En el estudio del guaraní, la cuestión de su relación con los grupos étnicos que la hicieron su medio de expresión social, la relación con las diversas variantes que pudieran encontrarse de la lengua, lo mismo que la expansión territorial de los guaraníes en las diferentes regiones del continente, se convirtió en un problema de estudio tan importante como el de la asimilación del guaraní por parte de las sociedades contemporáneas y su incorporación como lengua viva a la cultura híbrida surgida de la unión con los colonizadores. Nuestro autor consintió que, en el estado actual del conocimiento, el problema sobre el origen de las naciones americanas quedaba en un asunto meramente conjetural, “ porque estamos muy lejos de tener todos los elementos necesarios para la solución de esta compleja cuestión” (Demersay, 1860, p. 407). Los delicados matices de sentimiento y pasión que el guaraní permite expresar lo convertían en una lengua eufónica y armoniosa, con un enorme potencial para las cadencias de la poesía y las inflexiones y entonaciones musicales.

Conclusión

Para un europeo del siglo XIX, los seres humanos que habitaban los “nuevos” continentes, que permanecían inexplorados y desconocidos en gran medida, se hallaban repletos de asombros y misterios. En muchos casos, las fantasías referentes a la existencia de razas monstruosas, criaturas de aspecto humano que residían en las antípodas del mundo y cuya presunta existencia provenía de la imaginación de autores antiguos como Estrabón, Heródoto y sobre todo Plinio el Viejo (Livingstone, 2008), todavía acicateaban la imaginación en el Viejo Mundo. De hecho, la exploración y el descubrimiento eran procesos que se veían lejos de considerarse acabados. El desarrollo y avance de la antropología cultural, cuyas raíces se encuentran en las reflexiones del filósofo Immanuel Kant (1724-1804), elaboradas un siglo antes (Gadol, 1974), prometía cerrar las brechas interpretativas. La nueva ciencia pretendía vincular los aspectos inherentes a la humanidad con el consabido efecto diversificador de la cultura autóctona, especialmente aquélla que se había producido lejos y bajo imperativos disímiles a los del patrón centrista europeo, aún considerado por muchos como el modelo por excelencia de la civilización, y el que resultaba más conocido y compatible con cuanto se suponía inseparable a la singularidad humana.

Quienes visitaban lejanas tierras con un propósito antropológico lo hacían con estrategias y un espíritu diferente al de los conquistadores, cuya ambición principal era la anexión de territorios y el fortalecimiento político y económico de sus metrópolis de origen. Los antropólogos, o los

que no se declaraban bajo ese rótulo, pero fungían como tales en la práctica, eran emisarios de la ciencia. Llevaban consigo el propósito de reconocer lo diverso, y el aprendizaje de la multiplicidad sería esencial para una comprensión más equilibrada y firme de cuanto hace típico y definible al comportamiento social humano. Algunos no conseguían librarse aún de ciertas lacras racistas típicas de la época, y utilizaron sus observaciones para justificar la presunta superioridad étnica y cultural de los europeos por encima de los otros pueblos. Pero quienes se acercaron a las culturas recién conocidas con una mentalidad abierta, consiguieron descubrir elementos que, más tarde o más temprano, habrían de integrar una visión sintética acerca de cuanto hace distintos a los humanos en el contexto de su propia singularidad cultural.

Desde el punto de vista de aquellos viajeros, el Paraguay del siglo XIX constituyó un escenario ideal para esta clase de exploraciones. No solo por compartir el atractivo intelectual de todas las regiones integradas por culturas que florecieron en vías divergentes a los marcos europeos de referencia, sino también por su tradicional encerramiento cultural, por la fama de tierra idiosincrática, de entidad nacional inmutable a la propagación de las ideas modernas. Pero si así fuese, al menos en ciertos sentidos, no era por una vocación colectiva hacia la diferencia, sino por motivos políticos muy concretos. Tampoco fue una decisión colectiva, sino la estrategia de pocas personas, o de una sola en realidad, para preservar sin riesgos la autonomía como nación. Eran tiempos peligrosos, donde las recientemente emancipadas colonias españolas emprendían el incierto camino de constituirse en entidades autonomizadas, llenas de quebrantos e incertezas. Paraguay fue un inmenso laboratorio donde se combinaron variadas influencias, diferentes herencias culturales, distintas maneras de ver el mundo, la sociedad, la esencia de lo humano, y los vínculos con el entorno lejano, allende las fronteras. Para quienes visitaban el país, que no eran muchos, cuanto veían y encontraban no escapaba de la sensación de lo exótico, siempre hablando desde el punto de vista centralista de los aventureros, puesto que, para los habitantes del terruño, lo que otros contemplaban como extraño, para ellos constituía lo normal y natural. Ese fue el panorama delimitado para los viajes de muchos exploradores. Un escenario que aportó el beneficio secundario de impulsar el derribo de viejos y arraigados prejuicios, que incluso homologaban a las poblaciones nativas con especies de naturaleza simiesca. Estas visiones estereotipadas se notan, por ejemplo, en cuanto sentenció Demersay con actitud discrepante:

En verdad, después de leer lo anterior, uno siente algo de vergüenza al recordar los muchos prejuicios que han perseguido a los pueblos autóctonos del Nuevo Continente; prejuicios a los que el tiempo y la ciencia han hecho justicia. Ciertamente, estamos muy lejos de la época en que, siguiendo a Tomás Ortiz, obispo de Santa Marta, y a Herrera, se debatió seriamente si los indígenas, a pesar de sus excelentes proporciones, no eran orangutanes, es decir, una especie intermedia entre el hombre y los animales. (Demersay, 1860, p. 361)

Las descripciones que el médico francés realizó deben entenderse en el contexto histórico que les corresponde, por supuesto, y no escapan plenamente a la influencia, a veces muy deformante, de las visiones que predominaron en su época, no necesariamente equivocadas en su totalidad, por supuesto. Sin embargo, constituyen un rico cúmulo de observaciones sobre las singularidades comportamentales de los paraguayos, que pueden resultar útiles en más de un sentido, a la luz de la psicología contemporánea. Y pueden servir a serios propósitos comparativos también, al

menos en dos formas posibles. Por una parte, la comparación del comportamiento habitual de los paraguayos del siglo XIX y los del tiempo actual, lo cual irremediabilmente expone determinados contrastes, a veces muy evidentes, como los que fueron señalados en este artículo. Pero, por otra parte, sirven como insumos intelectuales para encontrar aspectos compatibles o no en las miradas que tuvieron diversos exploradores, paraguayos y extranjeros, como Domínguez, Du Graty y Bertoni en relación a los indígenas, con respecto a las maneras típicas de comportamiento de los paraguayos. Todo ello sin olvidar un aspecto inherente a todo el problema, que más allá de las comparaciones antropológicas y psicológicas, nos permite una visión de la sociedad paraguaya y americana en donde surgieron estas reflexiones, y su oportuna articulación con la cultura anfitriona donde nacieron las ideas. De una forma u otra, siempre se retorna al nicho originario de la historia, madre de todas las sabidurías. Ella confiere la lección básica, insustituible y esencial, que todos los verdaderos y genuinos intentos de comprender a fondo y cabalmente las alternativas del comportamiento humano nunca pueden dejar de lado, ya sea en su transcurrir por el derrotero biológico de la especie, o a través de la fuerza irresistible como alfarera de vidas y conciencias que compete a la historia.

Referencias

- Anónimo (1860). Paraguay. *The New Monthly Magazine*, 119, 453-463.
- Baratta, M. V. (2018). Paraguay en las crónicas de los viajeros durante el gobierno de José Gaspar Rodríguez de Francia. *Revista Paraguay desde las Ciencias Sociales*, 9, 23-43. <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistaparaguay>
- Bell, S. (2010). *A life in shadow: Aimé Bonpland in Southern South America, 1817-1858*. Stanford University Press.
- Benítez Martínez, M. V. (2010). Inmigrantes europeos en Paraguay 1818-1930 En *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: Congreso internacional*, Sep. 2010, Santiago de Compostela, España (pp. 1099-1121). halshs-00530644
- Beretta, E., González, F. & Cazet, M. (2014). Un simple ciudadano, José Artigas. En Museo Histórico Nacional (Ed.), *Un simple ciudadano, José Artigas* (pp. 41-54). Montevideo: Autor.
- Bertoni, M. S. (1922). *La civilización guaraní. Parte I: Etnología. Origen, extensión y cultura de la raza Kará-guaraní y protohistoria de los guaraníes*. Ex Sylvis.
- Boccia Románach, A. (2004). *Esclavitud en el Paraguay: Vida cotidiana del esclavo en las Indias Meridionales*. Servilibro.
- Boccia Románach, A. (2005). La esclavitud en el Paraguay. En UNESCO (Ed.), *Memorias del simposio "La Ruta del Esclavo en el Río de la Plata: Su historia y sus consecuencias"* (pp. 77-91). Autor.
- Camargo, F. (2003). Las relaciones luso-hispánicas en torno a las Misiones Orientales del Uruguay: De los orígenes al Tratado de Madrid, 1750. *Fronteras de la Historia: Revista de Historia Colonial Latinoamericana*, 8, 217-248.

- Cardozo, E. (1988). *Paraguay independiente*. 2da edición paraguaya. Carlos Schauman Editor.
- Castellanos, A. (1963). Bonpland en los países del Plata. *Revista de la Academia de Ciencias Exactas de Colombia*, 12(45), 57-86.
- Cerruti C. (2023). El Paraguay de Aimé Bonpland: Un balance biobibliográfico. *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay*, 28(1), 1-29. <https://doi.org/10.32480/rscp.2023.28.1.1>
- Cooney, J. (1979). The destruction of the religious orders in Paraguay, 1810–1824. *The Americas*, 36, 177–198.
- Cortambert, R. (1864). *Peuples et voyageurs contemporains*. Chez Jules Éditeur.
- Cunninghame Graham, R. B. C. (1924). *A vanished Arcadia, being some account of the Jesuits in Paraguay, 1607 to 1767*. The Dial Press.
- Demersay, A. (1851). *Du tabac au Paraguay: Culture, consommation e commerce*. Librairie de Guillaumin et Cie.
- Demersay, A. (1853). Notice sur la vie et les travaux de M. Aimé Bonpland, Correspondant de l'Institut et du Muséum d'histoire naturelle. *Bulletin de la Société de Géographie, Quatrième série*, 5, 240-254.
- Demersay, A. (1865). Rapports sur les résultats d'une mission dans les archives d'Espagne et de Portugal (pp. 359-372). En Ministère de l'Instruction Publique (Ed.), *Archives des missions scientifiques et littéraires. Choix de rapports et instructions*, tome deuxième. Imprimerie Impériale.
- Demersay, L. A. (1860). *Histoire physique, économique et politique du Paraguay et des établissements des jésuites*. Tome Premier. Librairie de L. Hachette.
- Domínguez, M. (1903). Causas del heroísmo paraguayo. *Revista del Instituto Paraguayo*, 4(38), 643–675.
- Doratioto, F. (2002). *Maldita guerra: Nova história da Guerra do Paraguai*. 2da edición. Companhia das Letras.
- Du Graty, A. M. (1862). *La República del Paraguay*. Imprenta de José Jacquin.
- Eriksen, T. H. & Nielsen, F. S. (2013). *A history of Anthropology*. 2da edición. Pluto Press.
- Fermond, C. (1857). *Monographie du tabac: Comprenant l'historique, les propriétés thérapeutiques, physiologiques et toxicologiques du tabac*. Imprimerie Centrale de Napoléon Chaix et Ce.
- Foulché-Delbosc, R. & Barrau-Dihigo, L. (1920). *Manuel de l'hispanisant*, Tome I. G. P. Putnam's Sons.
- Gadol, E. T. (1974). The idealistic foundations of cultural anthropology: Vico, Kant and Cassirer. *Journal of the History of Philosophy*, 12(2), 207-225.
- Gall, F. J. (1835). *On the origin of the moral qualities and intellectual faculties of man, and the conditions of their manifestation*. Volumen 1. Marsh, Capen & Lyon.

- García, J. E. (2012). El carácter nacional del paraguayo en la visión de Manuel Domínguez. *Revista Peruana de Psicología y Trabajo Social*, 1(1), 143-162.
- García, J. E. (2014). El pensamiento de Moisés Bertoni sobre el origen y la psicología de los indígenas guaraníes. *Psicología em Pesquisa*, 8(1), 53-65. <http://www.ufjf.br/psicologiaempesquisa/home/1678-2>
- García, J. E. (2015). La revista Letras y su contribución a la psicología en el Paraguay. *Revista Peruana de Psicología y Trabajo Social*, 4(2), 73-97.
- García, J. E. (2016). De la paleoantropología a la psicología de los guaraníes en la obra de Moisés Bertoni. *Revista Peruana de Historia de la Psicología*, 2(1), 7-39.
- García, J. E. (2017a). Los estudios psicológicos y antropológicos sobre los indígenas del Paraguay en el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. En R. E. Mardones Barrera (Ed.), *Invencción de la psique nativa: Construcción discursiva de las características psicológicas atribuidas al sujeto indígena en América Latina* (pp. 109-200). RIL Editores/Editorial Universidad Santo Tomás.
- García, J. E. (2017b). En el camino de la psicología aplicada (Segunda parte): La Frenología. *Arandu-UTIC, Revista Científica Internacional*, 4(1), 161-204.
- García, J. E. (2025). Ideas de Alfred Du Graty (1862). Sobre el Paraguay y los paraguayos. *Tradición, Segunda Época*, 25(1), 73-94.
- Guerra Vilaboy, S. (1981). El Paraguay de Doctor Francia. *Crítica & Utopía*, 5, 1-14.
- Hamy, E. T. (1906). *Aimé Bonpland, médecin et naturaliste, explorateur de l'Amérique du Sud: Sa vie, son oeuvre, sa correspondance avec un choix de pièces relatives à sa biographie, un portrait et une carte*. E. Guilmoto Éditeur.
- Holl, F. (2020). La cooperación inolvidable de Aimé Bonpland y Alexander von Humboldt. *Bonplandia*, 29(2), 191-211.
- Italiano, J. A. (2017). *La ciudad sitiada y otros escritos breves sobre el texto multimedial en el Uruguay del siglo XIX*. Ediciones del cementerio.
- La Dardye, E. B. (1889). *Le Paraguay*. E. Plom, Nourrit et Cie.
- Lafond, G. (1917). *L'effort français en Amérique Latine*. Librairie Payot.
- Lastarria, J. V. (1867). *La América*. Imprenta de Eug. Vanderhaeghen.
- Leahey, T. H. & Leahey, G. E. (1984). *Psychology's occult doubles: Psychology and the problem of pseudoscience*. Nelson-Hall.
- Livingstone, D. N. (2008). *Adam's ancestors: Race, religion, and the politics of human origins*. The Johns Hopkins University Press.
- Masterman, G. F. (1870). *Seven eventful years in Paraguay: A narrative of personal experience amongst the Paraguayans*. Sampson Low, Son, and Marston, Segunda edición.

- Matheus, L. (2013). Periodismo y telégrafo en Brasil al final del siglo XIX: Perfiles, avances y asuntos pendientes. *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación*, 121, 41-46.
- Meinhardt, M. (2019). *Alexander von Humboldt: How the most famous scientist of the Romantic age found the soul of Nature*. BlueBridge.
- Meliá, B. (1992). *La lengua guaraní del Paraguay: Historia, sociedad y literatura*. Mapfre.
- Ministère de l'Instruction Publique et des Beaux-Arts (1890). *Table générale des archives des missions scientifiques et littéraires, tome XV*. Ernest Leroux Éditeur.
- Moreno, F. R. (1926). *La ciudad de la Asunción*. Librería J. Suarez.
- Nye, A. (2022). *Ecology on the ground and in the clouds: Aimé Bonpland and Alexander von Humboldt*. State University of New York Press.
- Pastore, M. (1994). Trade contraction and economic decline: The Paraguayan economy under Francia, 1810-1840. *Journal of Latin American Studies*, 26(3), 539-595.
- Poskett, J. (2019). *Materials of the mind: Phrenology, race, and the global history of science, 1815-1920*. The University of Chicago Press.
- Rebaudi, A. (1918). *Guerra del Paraguay: Un episodio, ¡Vencer o morir!* Imprenta "Constancia".
- Sagot, F. (1900). *Le communisme au Nouveau Monde: Réductions du Paraguay, sociétés communistes des États-Unia. Étude d'histoire économique*. L. Larose Éditeur.
- Salgado, C. (1973). José Antonio Pimenta Bueno: Bandeirante do direito brasileiro. *Revista da Faculdade de Direito, Universidade De São Paulo*, 68(1), 455-472.
- Schwaller, J. F. (2011). *The history of the Catholic Church in Latin America: From conquest to revolution and beyond*. New York University Press.
- Société de Géographie (1891). *Compte rendu des séances de la Société de Géographie et de la Comission Centrale*, séance du 20 février 1891, 97, 118.
- Soiza Larrosa, A. (2023). Aimé Jacques Alexandre Goujaud (apodado Bonpland). Médico y naturalista. 250 años de su nacimiento 1773-2023. Sus vínculos con el Uruguay. *Salud Militar* 42(1), 1-22. <https://doi.org/10.35954/SM2023.42.1.6.e701>
- Soler, L. (2010). ¿El mito de la isla?: Acerca de la construcción del desconocimiento y la excepcionalidad de la historia política del Paraguay. *Papeles de trabajo: Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín*, 4(6), 1-19.
- Spurzheim, J.G. (1834). *Phrenology, or the doctrine of the mental phenomena*. 2 Volúmenes. Marsh, Capen and Lyon.
- Stocking, G. W. (1992). *The ethnographer's magic and other essays in the history of anthropology*. The University of Wisconsin Press.
- Vauthier, G. (1913). *Villemain 1790-1870: Essai sur sa vie, son role et ses ouvrages*. Perrin et Cie.

- Vidaurreta de Tjarks, A. (1968). Al margen de la guerra del Paraguay. *Trabajos y Comunicaciones*, 18, 243-261.
- Von Dombrowski, K. (1935). *Land of women: The tale of a lost nation*. Putnam.
- Whigham, T. L. (1991). *The politics of river trade: Tradition and development in the Upper Plata 1780-1870*. The University of New Mexico Press.
- Whigham, T. L. (2017). *The road to Armageddon: Paraguay versus the Triple Alliance, 1866-70*. University of Calgary Press.
- Wickens, A. P. (2015). *A history of the brain: From stone age surgery to modern neuroscience*. Psychology Press.
- Wilbert, J. (1987). *Tobacco and shamanism in South America*. Yale University Press.
- Williams, J. H. (1979). *The rise and fall of the Paraguayan Republic, 1800-1870*. The University of Texas Press.